TEORIA DEL ESPACIO GEOGRAFICO AL INTERNO DE LAS FILOSOFIAS DE LA HISTORIA: HEGEL Y TOYNBEE

1. HEGEL: NATURALEZA E HISTORIA

Comenzamos por señalar la idea central de la concepción de la historia que Hegel aporta al pensamiento filosófico para concretar a continuación lo que él llama «fundamentos geográficos de la historia universal», o, lo que es lo mismo en su terminología, «la conexión de la naturaleza y la historia» (1). Para Hegel, la razón es el protagonista de la historia: «la única idea que aporta la filosofía es esta simple idea de que la razón gobierna al mundo y de que, en consecuencia, la historia universal es racional». Pensadores posteriores a Hegel se esforzarán por poner otros fundamentos menos transparentes en la entraña misma del acontecer histórico: el instinto, la voluntad de poder, la transformación y apropiación económica de la naturaleza, el inconsciente y su pulsión biológica, etc. Para el cristianismo será la «providencia» el secreto último y la definitiva razón que se esconde tras las *res gestae* de la humanidad en su distensión temporal. Y la sistemática de esta visión alcanza su expresión máxima

---

(1) Transcribimos aquí el original de una amplia conferencia sobre el tema del espacio en la filosofía de la historia. Hemos preferido desglosar el aparato crítico y no privar a estas líneas de su ligereza original. Las reflexiones se definen como una lectura de las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* y de *Estudio de la historia* al respecto. Para una enmarcación de este breve análisis dentro del específico tratado teórico del espacio, especialmente desde la geografía, política, sociología y antropología: Gottmann, J.: *La politique des etats et leur geographie*, París, 1952; Bachelard, G.: *La poétique de l'espace*, París, 1957; Terán, M. de: «La causalidad en geografía humana», en *Estudios Geográficos* 67-68 (1957), 273-308; Matore, G.: *L'espace humain*, París, 1962; Migliorini, E.: *La terra e gli Stati*, Nápoles, 1966; Idem: *Gli uomini e la terra*, Nápoles, 1971; George, P.: *Sociologie et géographie*, París, 1966; Idem: *L'action humaine*, París, 1968; Labasse, J.: *L'organisation de l'espace*, París, 1966; Dollfus, O.: *L'espace géographique*, París, 1970; Burhenne, E.: *Raum und Natur*, I-III, Berlín, 1962-1971; *Handwörterbuch der Raumforschung und Raumordnung* (Publicaciones de la Akademie für Raumforschung), I-III, Hannover, 1970; Moles, A. A.; Rohmer, E.: *Psicología del espacio*, París, 1972. En España debemos destacar unas luminosas páginas de un gran teórico de la fundamentación del saber histórico, que lleva por título «La presión del contorno y la acción liberadora de la historia». Cf. Maravall, J. A.: *Teoría del saber histórico*, Madrid, 1967, pp. 293-306. Igualmente lúcido es su análisis de la dependencia y liberación de la teoría de la historia respecto al naturalismo, en el caso concreto de Toynbee: *O. c.*, pp. 255 y ss.

en *De civitate Dei.* De este *magnum opus et arduum* hasta las *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte* va una secreta corriente interior.

Hegel insiste en la «liberación real del espíritu» partiendo de su fundamental e indeclinable afirmación: «el hombre en cuanto hombre es libre». Tal proceso liberador o historia de la libertad recorre varios estadios [que son las tres partes fundamentales de las *Vorlesungen:* 1) La razón en la historia; 2) el mundo oriental; 3) el mundo griego y romano, y 4) el mundo germánico]. La humanidad ha pasado por cuatro etapas, dispuesto cada pueblo, en su hora histórica, para recorrer «la parte de camino que el espíritu le asigna». La infancia es el oriente y el despotismo oriental: «los orientales no saben que el espíritu o el hombre en cuanto tal es libre en sí, y, como no lo saben, no lo son: sólo saben que hay uno libre..., ese uno es el déspota». La juventud es el mundo griego, con él surgió por vez primera la conciencia de la libertad: «ellos sólo sabían que hay algunos hombres libres, no que lo es el hombre en cuanto tal». El mundo romano es la edad viril, con las mismas características que el griego. El mundo germánico, dentro del cristianismo, es la adultez de la historia, la vejez del espíritu —diferente de la vejez biológica—, la madurez perfecta. Aparece aquí la conciencia de que el hombre en cuanto hombre es libre, de que la libertad del espíritu constituye su naturaleza más propia. Hoy, en el estado moderno, nos encontramos más allá de la vejez, en una situación en la que el espíritu supera su dramático devenir para alcanzar su pleno desarrollo en el libre devenir (2).

---

(2) Nuestras continuas referencias a *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal,* trad. de J. Gaos, Buenos Aires, 1964, vols. I-II, 391 y 415 pp., se ciñen a las páginas 17-220 del vol. I (versión de la edición elaborada por G. Lasson en 1917 y reeditada en 1920, 1930 y 1940). Igualmente decimos referencia a la publicación castellana parcial de la obra: *La razón en la historia,* trad. de C. A. Gómez, Madrid, 1972, espec. pp. 233-320 (versión establecida sobre la edición de J. Hoffmeister en 1955 y reimpresa en 1968). Señalamos algunas obras de mayor vuelo en torno a la historiología hegeliana: Lasson, G.: *Hegel als Geschichtsphilosoph,* Leipzig, 1920; Kroner, R.: «System und Geschichte bei Hegel», en *Logos,* XX (1931), Helft 2; Hyppolite, J.: *Introduction à la philosophie de l'histoire de Hegel,* Paris, 1948; Massolo, A.: «Per una lettura della "Filosofia della storia di Hegel"», en *Studi Urbinati,* 33 (1959), 5-26; Iggers, G. G.: *The german conception of history,* Middetown, Conn. 1968; Beirwaltes, W.: «Geschichtlichkeit als Element der Philosophie», en *Tijdschrift voor Filosofie,* 30 (1968), 248-263; O'Neill, J.: *Hegel and Marx on history as human history,* en *Akten des XIV. Internationalen Kongress für Philosophie,* Bd. 2, Wien, 1968, pp. 96-103; Perkins, R. L.: «Die Geschichte, die Bewegung und die Entwicklung als Probleme in der Philosophie Hegels», en *Hegel Jahrbuch* (1973), 102-107; Seeberger, W.: «Hegels Philosophie und seine Konzeption der Weltgeschichte», en *Universitas,* 29 (1974), 293-297; Wilkins, B. T.: *Hegel's philosophy of history,* Ithaca, 1974; Maurer, R.: «Die Aktualität der hegelschen Geschichtsphilosophie», en *Hegel-Bilanz* (1974), 155-174; O'Brien, G. D.: *Hegel on reason and history. A contemporary interpretation,* Chicago, 1975.

1.1. *Significación de la geografía física en la concepción hegeliana de la historia*

La primera parte de las *Vorlesungen* va dirigida a dilucidar los fundamentos de la conceptiva de la historia: concepción general de la filosofía de la historia como la realización del espíritu en la historia, la marcha misma del acontecer histórico, los fundamentos geográficos de la historia universal y la división del proceso de la historia universal.

En la pretensión hegeliana de someter al tribunal de la razón a todo el ser y al devenir, tal intento se ve enfrentado a la realidad geográfica y discurre sobre el lugar que éste ocupa en la gran marcha de la libertad, en el «gran día del espíritu». No entramos aquí en una especulación, desde la filosofía de la historia, sobre el medio geográfico ni en la secuencia teórica de tal ámbito, ya que es sin duda un temario constante, especialmente en el «crescendo» que esta disciplina experimenta a partir de G. Vico *(Una ciencia nueva sobre la naturaleza de las naciones)*, J. Bodino *(Los seis libros sobre la República)*, H. Taine *(Ensayos sobre la literatura inglesa)*, Collingwood *(Idea de la naturaleza, Idea de la historia)*, hasta el último gran tratadista de la filosofía de la historia, A. J. Toynbee *(Estudio de la historia)*, sin hacer hincapié en ensayistas menores, aunque sí específicos de tal temario. No es de extrañar, pues, que Hegel, cumbre y madurez de la filosofía de la historia y de la filosofía misma, ponga en la base de su gran obra historiológica «las condiciones naturales, el fundamento geográfico» (3).

1.2. *Analítica hegeliana de lo geográfico*

El análisis de lo geográfico por parte de Hegel está presidido por una premisa general que se establece así: desde el momento en que el

(3) No entramos aquí en un análisis revisionista desde la epistemología y la metodología acerca de los ejercicios de la razón sobre el concreto histórico, sobre estos constructores de nuevos «millenium» y de nuevas «ciudad de Dios». Para Hegel, tal contraindicación tendría un lugar caracterizado en Popper, K.: *The open society and its ennemies*, vol. II, Princeton, 1950, espec. pp. 223-273 y 642-660. Para Toynbee, entre otros muchos también: Kosminski, Y.: *Professor Toynbee's Philosophy of History*, Londres, 1966. Ni insertamos el pensamiento de estos teóricos del espacio desde las sugerencias de Abenjaldún, Montesquieu, Hume, Taine, etc. Se nos antoja aducir la presencia significativa de Marx y Engels a este respecto: «La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza. No podemos entrar a examinar aquí, naturalmente, ni la contextura física de los hombres mismos ni las condiciones naturales con que los hombres se encuentran: las geológicas, las oro-hidrográficas, las climáticas y las de otro tipo. Toda historiografía tiene necesariamente que partir de estos fundamentos naturales y de la modificación que experimentan en el curso de la historia por la acción de los hombres.» *Cfr. La ideología alemana*, trad. de W. Roces, Barcelona, 1972, p. 19.

espíritu entra en la existencia se sitúa en la esfera de la finitud y, con ello, en la esfera de la naturaleza. La historia universal, que es la marcha del espíritu en el mundo, toma conciencia de sí o cuerpo, como existente en un pueblo concreto. Así, tal principio general se sitúa en el espacio y en el tiempo. El principio universal aparece como un principio particular, esto es, como un principio natural o determinación de la naturaleza. Es la famosa tesis hegeliana de «la conexión entre lo espiritual y lo natural». Todo pueblo, representación de un grado particular en la evolución del espíritu, es una «nación». Este aspecto natural nos obliga a penetrar en la «esfera de lo geográfico», en el estudio de la naturaleza. En esta existencia natural están conjuntados dos aspectos: la voluntad natural del pueblo o manera de ser subjetiva y la naturaleza exterior. El hombre, a esta luz, no aparece como un ser libre, sino como un ser natural, un ser sensible, con ese doble aspecto de la naturaleza subjetiva y la externa.

En la conceptualística de Hegel, el aspecto geográfico pertenece a la naturaleza exterior. Las diferencias naturales deberán ser estudiadas, pues, como posibilidades particulares, esto es, conexionadas con la subjetividad humana. «No nos proponemos conocer el suelo como un local externo, sino el tipo natural de la localidad, que corresponde exactamente al tipo y carácter del pueblo, hijo del suelo.»

Pero la conexión de la naturaleza con el carácter de los hombres debe ser matizada. Si por una parte parece ser contraria a la voluntad humana, por otra no debemos pensar el espíritu como algo puramente abstracto. Así, tal dependencia no puede ser formulada de manera tal que el carácter de los pueblos fuera estrictamente conformado por las condiciones naturales del suelo; ni pasar de un abstractismo a una recepción posterior de contenido del espíritu en la naturaleza.

Aquello que primaria y fundamentalmente aparece en la historia son «espíritus particulares». Pero la razón nos muestra «cómo lo particular está contenido en lo universal». Hegel no precisa más en su fenomenología sobre esta conexión.

Pasa a reflexionar sobre un dato concreto, el clima. Hegel rechaza como «manera vulgar de pensar» la creencia de que «el espíritu particular de un pueblo» coincide y es tributario por entero del clima. Si es verdad, dice, que «el dulce cielo jónico» produjo a Homero y sus poemas, la costa de Asia Menor, siendo siempre la misma, no ha producido ningún nuevo Homero, especialmente —y aquí afila Hegel su ironía— bajo el dominio de los turcos. El clima tiene, no obstante, su influencia. En tal valoración Hegel es tributario de Bodino: «ni la zona cálida ni la zona fría son suelo abonado para la libertad de los

hombres, para que en ellas se desarrollen pueblos importantes en la historia universal».

En el despertar del hombre a la libertad hay una necesaria relación a la naturaleza. Desde ésta llega el hombre a alcanzar aquélla, como libertad interior. Cuando la naturaleza es demasiado poderosa sobre el hombre tal liberación es más difícil. La naturaleza significa aquí la cantidad frente a la libertad, que es cualidad. «Los extremos, dice Hegel criticando a Aristóteles, no son favorables para el desarrollo espiritual.» Ni la zona cálida ni la fría facilitan el movimiento del hombre hacia la libertad, es decir, no le presentan medios para pensar en los intereses más elevados; «el hombre se mantiene en estas zonas, dice el filósofo de Berlín, harto embotado». Es aquí un fiel heredero de la tesis del desafío del medio al hombre. Cuando los elementos de aquél son demasiado grandes, el hombre se siente impotente para vencerlos. Ambas zonas, la cálida y la fría, quedan excluidas del «espíritu libre», no son ellas precisamente «el teatro de la historia».

La zona templada será, frente a las anteriores, la que ofrecerá «el teatro para el drama de la historia universal». Y dentro de ésta, la parte septentrional. La zona templada es como una síntesis de las partes del mundo. En ella aparecen, a diferencia del norte y del sur, una serie de productos naturales, comunes, y una gran riqueza en el aspecto botánico y zoológico. Tales dotaciones, a la vez que restringen la violencia de las zonas extremas, son como terreno abonado para el salto a la libertad, para el encuentro del hombre consigo mismo.

Pasa Hegel a analizar la tierra y el mar y la conexión entre ambos. Respecto a la tierra hay que destacar tres fundamentales diferencias: las altiplanicies sin agua, las altiplanicies con valles surcados por ríos y las altiplanicies con litoral. La altiplanicie con grandes estepas y llanuras propicia al hombre, pero con «impulsos de naturaleza mecánica y violenta». Concreta Hegel que «son las residencias características de los pueblos nómadas del mundo antiguo», de los pueblos mongólicos y arábigos. Tales pueblos obedecen a un principio inestable, no están encadenados al suelo y desconocen por tanto las formas de convivencia que la agricultura engendra. Pueblos de organización patriarcal son inducidos a un «vagabundaje» no uniforme.

En las llanuras altas, si están surcadas por montañas, estos pueblos se afirman como pueblos fuertes; los de las llanuras bajas, por el contrario, son impulsados a la invasión y al robo de los pueblos sedentarios más pacíficos. Esta geografía desarrolla en tales pueblos un «espíritu de independencia indomable», propiciado por las grandes alternativas del clima, los bruscos cambios de invierno y verano, y por

la gran variedad de peligros, a la vez que están dominados por un «sentido de aislamiento abstracto». Cuando la estrechez y la presión del territorio se acentúan sobre tales pueblos, surge un jefe que los precipita sobre zonas más abiertas. La mayor parte de los pueblos de Asia han obedecido al ritmo de estas oposiciones naturales.

Cuando las altiplanicies rodeadas de un cinturón de montañas son rasgadas por corrientes de agua, surgen en ellas notables diferencias, según que los nacimientos de los ríos estén cerca o lejos del mar. Frente a la vida de los pueblos cercados por cadenas montañosas, cuyo patrimonio fundamental son los animales y se caracterizan a su vez por la no previsión de los recursos y los cambios bruscos de un ánimo pacífico a un extremado espíritu de devastación, los habitantes de altiplanicies surcadas por vías de agua conforman ya un tanto su vida a los lechos, especialmente los prolongados, abiertos por las aguas. La presión vital originada por recintos cerrados tiene así una forma de escape natural.

El valle es, para Hegel, la región de la transición. Grandes corrientes de agua discurren por la llanura haciendo fértiles los suelos por el acarreo constante de tierra, lo que propicia la aparición de los grandes centros de la cultura. El matiz principal señalado por Hegel es el de que estos pueblos no se lanzan al exterior, sino que contentan su quehacer en la «cultura interior». Aparece la agricultura, la vida en común y los derechos y deberes que tal vida trae consigo. La agricultura potencia en el hombre la inteligencia y la previsión: la invención de instrumentos, el control previsivo de las estaciones del año, la propiedad, el derecho y, con ellos, la división en clases.

Al aparecer la forma comunitaria de vida se supera la soledad natural. Aparece un estado de universalidad que excluye y supera lo puramente singular, estado que posibilita la aparición de un gobierno general y del imperio de la ley. En la historia, comenta Hegel, los imperios de China, del Ganges, del Indo y del Nilo encarnaron este proceso.

Pasa Hegel a considerar un tercer elemento, que retiene como fundamental: los litorales; extendiendo su reflexión al agua y al mar. Si la montaña separa, el mar, contra la opinión común, une. «Cádiz estaba más ligada a América que a Madrid.» El río que surca el país o el mar que baña las costas son constitutivos de tales países, son vías abiertas permanentemente a la comunicación, al intercambio, al descubrimiento y a la aventura. Así el caso del Nilo, del Atlántico o del Mediterráneo («elemento de unión de las tres partes del mundo, convertido por ello en el centro de toda la historia universal; todos los grandes estados de la historia antigua se encuentran en

tonrno a este ombligo de la tierra»). Por ello, dice Hegel, «es más fácil la comunicación entre América y Europa que en el interior de Asia o de América». El litoral es uno de los elementos esenciales de diferenciación entre los pueblos. El ejemplo típico para Hegel es Holanda. El mar engendra una manera propia de vivir, de costumbres y de caracteres. «El mar es lo ilimitado», y al sentirse el hombre ante esta infinitud del mar nace en él el afán de trascender lo ilimitado, al contrario que la tierra y el valle, que fijan al hombre en dependencia obligada con el terruño. El mar es un desafío, una permanente invitación al valor, a la conquista y también a la adquisición y a la ganancia. El tráfico marítimo, dice el autor de las *Vorlesungen,* fomenta en el individuo la conciencia de mayor libertad, de más independencia, a la vez que la peligrosidad permanente invita al hombre a la astucia. Esta «planicie infinita es absolutamente blanda», el mar es «el elemento más astuto, más inseguro, más mendaz». Es, por tanto, algo más que pura cesación de la tierra, es un elemento constitutivo y configurante del hombre.

Clima, tierra y mar son las tres determinaciones naturales en las que aparece la dependencia esencial de los pueblos respecto de la naturaleza. Los caracteres más acusados son los nacidos de la tierra firme y los del litoral marino. El estado más maduro será aquél capaz de reunir en una síntesis mejor ambos principios: la firmeza de la tierra y el carácter errabundo de la vida marina. Tales diferencias, que Hegel llama «principios», se hallan en las tres partes del mundo (América y Oceanía no cuentan para el gran hermeneuta de la historia). En Africa domina el principio de la altiplanicie, de lo informe. Asia es un lugar de contrastes, dominando preferentemente los valles circunscritos en sí mismos. Europa es la parte del mundo en la que se combinan los tres principios, en la que la historia llega a su culmen. El hombre europeo es el hombre más universal. Si Asia es el orto, Europa es la plenitud del «largo día del espíritu». Al incluir en ella al mar aparece la versión de la vida hacia afuera, el hombre comienza a trascenderse a sí mismo. Mientras que Asia, al volver la espalda al mar, enmarca y concluye sus horizontes en la montaña, en la «repetición cósmica del día y de la noche». Europa es apertura, novedad, libertad. Ella encarna por excelencia la tesis hegeliana que sugeríamos al principio: «lo natural y lo espiritual forman un conjunto vivo que es la historia» (4).

---

(4) Hay toda una secuencia, fácilmente detectable, un manifiesto hilo conductor de las generalizaciones hegelianas sobre el «imperativo territorial» al interno de la teoría geopolítica y de las relaciones internacionales. Hoy, frente a tales macroideaciones, los analistas de este campo se concretan en la valoración del impacto real del ambiente en la marcha

2. TOYNBEE: «MANKIND AND THE MOTHER EARTH»

Acometemos aquí, siquiera de forma somera, una presentación del medio geográfico en la obra de A. J. Toynbee. Intento que debe salvar dos serias dificultades: la de la magnitud desmedida de la obra toynbeeniana y su polivalencia —uno de los alardes eruditos más desmedidos en lo que va de siglo—, y, por otra parte, el método mismo de Toynbee al afrontar los problemas. Toynbee no viene de la escuela de la filosofía clásica, de aquellos pensadores sistemáticos que construyen *more geometrico*. Toynbee es por antonomasia el cultivador del ensayo: amplia experiencia de los hechos, inmenso bagaje cultural e incidencia en el corazón de los acontecimientos de una época. Su ensayística se debate entre la historia teórica y empíricamente tratada, haciendo de su aportación una afortunada combinación de los campos de la historiología y de la filosofía de la cultura, tomadas más desde la sociología que desde la estricta aprioridad filosófica.

Dentro de la que podríamos llamar su *Weltanschauung* de la historia, en *A Study of History* tiene la geografía su significativo puesto y su necesaria inferencia. Precisamente al mover su metodología el analista inglés desde la observación y la comparación de las civilizaciones y de los procesos históricos concretos, esto es, desde el estrato sociológico de la historia, la geografía es, sin lugar a dudas, el punto de partida obligado de su hacer.

No obstante, la dificultad arriba reseñada, referente al método toynbeeniano, es decir, su argumentación fáctico-comparativa y no teórico-sistemática, hace muy difícil una lectura a través de su intrincada selva de papel de lo específicamente geográfico. La geografía y sus grandes temas no son presentados y dilucidados en sí mismos, sino que es la geografía concreta de este o aquel país, de esta o aquella civilización (en concreto, Toynbee habla de veintitrés civilizaciones, dieciséis de las cuales son filiales y seis propiamente originarias), a propósito de su significación en la génesis, crecimiento y descomposición de tales entes histórico-geográficos.

---

del acontecer histórico. «Las generalizaciones geopolíticas no parecen hoy admisibles, por falta de base experimental suficiente, y han de considerarse como meras intuiciones, no confirmadas por la experiencia», cfr. Medina, M.: *La teoría de las relaciones internacionales*, Madrid, 1973, p. 160. En pp. 160-162 se hace un somero enunciado de esta secuencia argumental sobre los factores ambientales, desde la geopolítica clásica (Ratzel, V. de la Blache, Haushofer, Kjellén, Mahan, Mackinder, Huntington, Weigert) hasta los teóricos de la tecnología (Herz, Haskins, Ogburn, etc.) y la demografía (Falk, Sprout, etc.). Luminosa al respecto es también su otra obra: *La teoría de las relaciones internacionales como sociología*, Madrid, 1963. Para una apreciación global de Hegel en este marco: Kelly, G. A.: *Idealism, politics and history. Sources of hegelian thought*, Cambridge, 1969.

Desentrañamos, pues, aquí tan sólo las tesis fundamentales de su *A Study of History*, y no consideramos otras obras de indudable valor para la geografía (5), ni entramos en una valoración de las críticas —severas muchas de ellas— que las afirmaciones filosóficas, religiosas, históricas, antropológicas y geográficas de Toynbee han suscitado (6).

2.1 *Significación del contorno en la génesis, crecimiento y colapso de las civilizaciones*

2.1.1 *La teoría contornal y la génesis de las civilizaciones.*—El problema de la génesis de las civilizaciones es afrontado por el historiador inglés con referencia a tres factores: la *vis inertiae*, la raza y el contorno. La *vis inertiae* es un factor negativo. Cuanto mayor peso tenga ésta como factor retardante, mayor será la fuerza que debemos adscribir al factor positivo —sea el que fuere— de la génesis de las civilizaciones.

---

(5) Para el desarrollo de sus tesis sobre la naturaleza de las génesis de las civilizaciones: *Estudio de la historia*, I, trad. de J. Perriaux, Buenos Aires, 1951, espec. pp. 209-273; II, trad de. M. R. Bengolea, pp. 15-392. Igualmente, para el proceso de crecimiento de las civilizaciones: *Estudio de la historia*, III, trad. de V. Fatone, Buenos Aires, 1953, pp. 13-235. De manera semejante para los procesos de colapso y desintegración de las civilizaciones: *Estudio de la historia*, IV/1, trad. de V. Fatone, Buenos Aires, 1955, pp. 17-133, y V/1, Buenos Aires, 1957, *passim*, respectivamente. Entre su *magnum opus* señalamos algunas creaciones más cercanas al temario geográfico: *East to West: A Journey round the World*, Londres, 1958; *Between Oxus and Jumna*, Londres, 1961; *The Economy of the Western Hemisphere*, Londres, 1962; *Between Niger and Nile*, Londres, 1965 *Between Maule and Amazon*, Londres, 1966; *Half the World: the History and Culture of China and Japan*, Londres, 1973; *Cities on the Move*, Londres, 1970; *Mankind and the Mother Earth*, Londres, 1976. Para una enumeración, aunque insuficiente, de las variadas publicaciones del historiador y filósofo de Oxford: Popper, M.: *A Bibliography of the Works in English of Arnold Toynbee 1910-1954*, Londres, 1955.

(6) Entre los autores críticos del punto de partida epistemológico de este «constructor de pirámides», además de los señalados Popper y Konsminsky, Geyl, P.: *Debates with Historians*, The Hague, 1955; Id.: *Die Diskussion ohne Ende*, Darmstadt, 1958; Ruhnow, M.: *Uber die objektive Gesetzmässigkeit der gesellschaftlichen Entwicklung (Eine Auseinadersetzung mit der subjektivistischen Geschichtsauffassung Arnold Toynbee)*, Leipzig, 1963; Werner, H.: «Spengler und Toynbee», en *Deutsche Vierteljahrschift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, 29 (1955), 528-554 [para una comparativa de la perspectiva toynbeeniana con la spengleriana al respecto del espacio y de la técnica: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, trad. de M. García Morente, 1/I: *Forma y realidad*, Madrid, 1923, pp. 247-274; 2/III: *Perspectivas de la historia universal*, Madrid, 1949, pp. 160-223, y *El hombre y la técnica, y otros ensayos*, Madrid, 1947]; Barnes, H. E.: *Arnold Joseph Toynbee. Orosius and Augustine in Modern Dress*, en *An Introduction to the History of Sociology*, Chicago, 1948, pp. 717-736; Anderle, O. F.: *Das universalhistorische System Arnold Joseph Toynbee*, Frankfurt a. M., 1955; Id.: «Die Toynbee Kritik. Das universalhistorische System Arnold J. Toynbee im Urteil der Wissenschaft», en *Saeculum*, 9, 2 (1958), 189-259; Gargan, E. T. (ed.): *The Intent of Toynbee's History. A Cooperative Appraisal*, Chicago, 1961; Montagu, M. F. (ed.): *Toynbee and History. Critical Essays and Reviews*, Boston, 1956; Mason, H. L.: *Toynbee's Approach to World Politics*, The Hague, 1958. Además de los ámbitos de la teoría histórica, debe ser enmarcado el pensamiento historiosociográfico en la historia del pensamiento filosófico sobre la técnica y en el ecológico sobre la tecnología.

La raza designa la posesión de alguna cualidad distintiva y heredable en grupos particulares de seres humanos. Quienes esgrimen la raza como factor generador de civilizaciones suponen una correlación entre cualidades psíquicas valiosas y ciertas características físicas. Estos defensores occidentales de las teorías raciales (Toynbee hace especial referencia a la visión de la historia desde la raza establecida por Gobineau) ponen como característica principal el color. Para Toynbee tal fundamentación es inconsistente, y lo demuestra con una apelación a lo empírico: no se cumple siempre y en todas partes la correlación invariable raza blanca-civilización (así, por ejemplo, los japoneses, desprovistos de vello, se consideran superiores a sus vecinos septentrionales, más semejantes a sus antepasados antropoides). Ciertamente las razas blancas están a la cabeza como creadoras de civilizaciones, pero ni todas ni sólo las razas blancas han generado civilizaciones. El racismo moderno, según Toynbee, es más ideológico que científico. Está inspirado, a tenor de una atrevida tesis suya, por el protestantismo, que absorbió el racismo del Antiguo Testamento. En nuestra sociedad occidental el factor discriminatorio hasta la época de los descubrimientos fue la religión; a partir de entonces, con el descubrimiento de nuevas razas, el factor discriminatorio se trasladó a las características externas.

Pasa Toynbee a reflexionar sobre el influjo del contorno físico en el nacimiento de las civilizaciones. Fueron los griegos los que, tras su expansión, intentaron explicar las diferencias culturales descubiertas recurriendo a las diferencias de hábitat geográfico: al suelo y al clima. Llama Toynbee *locus classicus* a esta teoría, que tendrá una larga tradición en la filosofía de la historia y en la teoría política (recuérdese a Vico y a Bodino al respecto, entre otros), al tratado hipocrático *Influencias de la atmósfera, el agua y la situación,* cuya tesis central sostiene que «el cuerpo y los caracteres humanos varían de acuerdo con la naturaleza de la comarca» (7).

Para el pensador inglés, al igual que en la cuestión de la raza, no hay una correlación necesaria entre carácter humano y contorno. Su prueba es, como siempre, empírica. Los valles del Nilo, del Indo y

---

(7) Comenta Toynbee los capítulos 13 y 14 de esta obra: *Estudio de la historia,* I, Buenos Aires, 1951, pp. 280 y ss., aludiendo al pensamiento de Herodoto y de Platón al respecto. El capítulo 24 de este apúsculo está vertido al inglés por Toynbee en otra obra antológica de textos de contenido historiológico: *Greek Historical Thought from Homer to the Age of Heraclius,* Londres, 1952, pp. 144-146. En esta antología abundan los temas al respecto del lugar de lo geográfico en la historia, especialmente la sección IV: «Law and Causation», pp. 139-149, y los parágrafos «The Influence of Sea Power on History», pp. 162-164, de autor anónimo del siglo V a. C., y «The Place of Geography in History», pp. 174-176, a propósito de Polibio.

los valles del río Grande y del río Colorado (y aun el valle del Jordán, aunque de dimensiones mucho más pequeñas) tienen características físicas semejantes y, no obstante, a excepción del valle del Nilo, no fueron sedes generadoras de civilizaciones. De igual modo, la civilización andina vino al mundo en una alta meseta, mientras que en las altas mesetas de Africa central, con similares características físicas, no fueron lugar generador de civilización. En conclusión, ni la raza ni el contorno pueden ser por sí mismos el factor generador e impulsor de la civilización. ¿Lo serán de su crecimiento o/y de su muerte? Toynbee responderá, consecuentemente, que tampoco.

El factor originante de las civilizaciones se concreta para Toynbee en el esquema «estímulo-respuesta», que es quizá la tesis más caracterizada de su obra y, sin duda, sugerente para la filosofía de la historia y de la cultura. Son, según tal esquema, las condiciones difíciles más que las fáciles las que propician tal alumbramiento de sociedades. Entre estas condiciones difíciles se cuenta, sin duda, el contorno físico. Concretamente lo que llama el autor del *Estudio* «el estímulo de los países duros» y «el estímulo del suelo nuevo». El contorno no es, pues, el único ni decisivo estímulo, sino uno más entre otros, tales como «el estímulo de los golpes» (derrotas militares), «el estímulo de las presiones fronterizas», «el estímulo de los castigos» (esclavitud, desprecio racial)... Estímulos que corresponden a un «entorno» humano más que a un «entorno» físico (8). Trae Toynbee en apoyo de ésta su tesis el pensamiento de Hume. Para éste el factor diferencial casi exclusivo es el entorno sociohumano y no el contorno físico-climático. Pasa por alto la teoría racial para centrar su refutación sobre la teoría contornal, dominante desde el pensamiento griego (9).

---

(8) Para una confrontación con los conceptos de «Umwelt» (von Uexküll) y «Welt» (Scheler, Heidegger, Gehlen, Lerch, Petersen, Guardini, Rahner, etc.) metafísica y antropológicamente tratados: Pieper, J.: *El descubrimiento de la realidad*, trad. de R. Cercós, Madrid, 1974: «De la apertura del mundo en el hombre», pp. 207-214, y «La interconexión del medio y del mundo en la existencia humana», pp. 223-229; Uña Juárez, O.: «Mundanidad y existencia. Para una fundamentación de la teología del mundo desde la antropología filosófica», en *La ciudad de Dios*, 189, 2 (1976), 221-239.

(9) Esta cuestión es concretada en un estudio específico: «La concepción de David Hume de la función del contorno como factor en las génesis de las civilizaciones», en *Estudio...*, I, pp. 507-517. Comenta la postura de Hume contraria a la teoría del dominio contornal sobre las sociedades expuesta en *Of National Characters*, 1784. Afirmación humeana que invoca a su favor las intuiciones de Estrabón (cfr. *Geographica*, lib. II) y de Abenjaldún (cfr. *Les Prolégomenes d'Ibn Khaldoun*, trad. de M. de Slane, París, 1863-1868, 3 vols.). De todo punto interesante es la reflexión del pensador africano sobre este crucial ámbito de la historia y de la sociología, que es traído a presencia de continuo por Toynbee. Señalamos los lugares respectivos de su gran obra: en el prolegómeno tercero, sobre la influencia de los climas en la fisiología, organización de la vida y costumbres; en el prolegómeno cuarto, sobre la influencia del aire en el carácter del hombre; en el prolegómeno quinto, la

2.1.2 *Crecimiento de las civilizaciones y significación del contorno en su proceso.*—Comienza el brillante ensayista inglés por notar dos criterios falsos a propósito del crecimiento de las civilizaciones: el dominio creciente sobre el entorno humano (conquista militar de los pueblos vecinos) y el dominio creciente sobre el contorno físico (mejora y perfeccionamiento de las técnicas materiales, la tecnología). Cree que la expansión militar es resultado del militarismo, el cual en sí mismo es un síntoma de decadencia. «El militarismo es una perversión del espíritu humano, llevado por canales de mutua destrucción... El arte de la guerra progresa a expensas de las artes de la paz.»

¿Existen pruebas de una correlación positiva entre perfeccionamiento técnico y progreso social? Parece ser que los modernos sociológos occidentales aceptan esta correlación. Aceptación para Toynbee muy sospechosa, ya que la «clasificación técnica ha sido aceptada ampliamente y sin crítica porque apela a las emociones de una sociedad fascinada por sus recientes triunfos técnicos». Por otra parte, los científicos actuales han sucumbido a la influencia sutil que el contorno local y temporal (exaltación de nuestro *hic et nunc* históricos) ejerce sobre ellos.

Finalmente, esta «clasificación técnica» del progreso nace, según el pensador inglés, de un « a priori»: entender el «crecimiento» como un movimiento en línea recta y la «civilización como un proceso unitario y único». Con ello nuestra «civilización occidental» se ha convertido en prototipo y medida de civilización en cuanto tal. Ha asimilado el mejoramiento a resultados materiales utilitarios. El industrialismo occidental ha concentrado todo su esfuerzo y atención en las relaciones de dominio hombre-naturaleza, olvidando las relaciones hombre-hombre, posiblemente las constitutivas de una civilización auténtica. En suma, la técnica puede muy bien estar perfeccionándose en el momento en que la civilización está en decadencia, y viceversa.

Este juicio toynbeeniano estriba en la fundamental distinción entre contorno físico y entorno humano. Traducimos «environment», siguiendo a Ortega, por «contorno» y no por «ambiente», y distinguimos

---

abundancia y carestía de alimentos y su influencia en la fisiología y moral del hombre. Para la actualidad y preeminencia de las teorías de este «arabischer Montesquieu»: Bousquet, G. H.: *Les textes sociologiques et économiques de la Mukaddima 1375-79*, París, 1965; Bouthoul, G.: *Ibn Khaldoun sa philosophie sociale*, París, 1930; Simon, H.: *Ibn Khalduns Wissenschaft der menschlichen Kultur*, Leipzig, 1959; Smidt, N.: *Ibn Khaldun, historian, sociologist and philosopher*, Nueva York, 1930; Gellner, E.: «From Ibn Khaldun to Karl Marx», en *Political Quarterly*, XXXII (1961), 385-392. De interés, asimismo, es la comparación de la reflexión toynbeeniana con Montesquieu *(L'Esprit des lois*, 1748) y el materialismo histórico-dialéctico. Para las relaciones entre geografía física e ideología en Toynbee, cfr. *Estudio...*, VIII, trad. de A. L. Bixio, Buenos Aires, 1961, pp. 78 y ss.

por nuestra parte, interpretando así una subyacencia al discurso de Toynbee, entre «entorno» humano y «contorno» físico. Con ello no hacemos sino señalar la intuición de Marx, continuada y profundizada por la Escuela de Frankfurt y por la sociología dialéctico-crítica, así como por las últimas corrientes ecológicas frente a la ecología clásica de la Escuela de Chicago, de acentuar la relación «cordial» —que Marcuse llama relación lúdica— entre hombre y naturaleza y, sobre todo, entre hombre y hombre. De este modo, para Toynbee no es la expansión geográfica ni tampoco el desarrollo de la técnica el criterio de crecimiento de las civilizaciones. ¿Existe tal criterio? Toynbee, acudiendo como siempre a la multitud de datos histórico-geográficos, atiende más al progreso real, consistente éste en una primera superación de los obstáculos materiales externos (dominio del contorno físico y humano) que permite que las energías de la sociedad den respuestas a incitaciones que son internas antes que externas, espirituales antes que materiales.

De este modo, el esquema de incitación-respuesta cambia de escenario. Las incitaciones no vienen ya del exterior —contorno físico o humano—, sino del interior de las sociedades. Y las respuestas victoriosas no son superación de obstáculos externos o triunfos sobre enemigos externos, sino autoarticulación o, mejor, autodeterminación interna de la propia civilización. «El progreso real es progreso hacia la autodeterminación.» El crecimiento por ello significa que la civilización en crecimiento tiende a convertirse en su propio contorno, en su propia incitación y en su propio campo de acción.

No resistimos a la tentación de traer brevemente a presencia la sugestiva comparación toynbeeniana entre la problemática de la civilización del antiguo Egipto y la de nuestra propia civilización occidental hoy. Cuando los egipcios vencieron el contorno y sometieron a su voluntad el agua, el suelo y el valle del Nilo, surgió el problema de la utilización de la maravillosa organización ahora en sus manos. Era una incitación moral. ¿Emplearía su poder material y humano para mejorar la suerte de todos los habitantes del país? Conocemos la respuesta: construyeron las pirámides, y «las pirámides han inmortalizado a estos autócratas no como dioses eternos, sino como azotadores del lomo de los pobres». Nuestro mundo actual afronta una situación semejante. La incitación del industrialismo se está transfiriendo de la esfera de la técnica a la esfera de lo moral. ¿Emplearemos esta fuerza en la tarea constructiva para el bien de toda la humanidad o dedicaremos nuestra fuerza a nuestra propia destrucción? Este es, en su íntima esencia, el problema que hoy reta a la imaginación y a la capacidad creativa del hombre.

2.1.3 *Contorno y colapso de las civilizaciones.*—Señalamos, en primer lugar, los caracteres del colapso de las civilizaciones según este nuevo profeta, como quiere Kaufmann, escatológico y metahistórico. Una pérdida del poder creador de la minoría, que se convierte así en una simple «minoría dominante». Consiguientemente, como respuesta por parte de la mayoría, el retiro de la adhesión y de la mímesis. Y finalmente, como consecuencia, la pérdida de unidad en la sociedad considerada como un todo, la desintegración progresiva. ¿Cuál es, pues, la causa de tales colapsos? Toynbee, después de rechazar todos los planteamientos de tipo determinista en su solución, que remitan la explicación de los colapsos a factores más allá del control humano *(saeva necessitas)*, afronta el tema en concreto: el contorno, la pérdida de dominio sobre él, como factor determinante.

Si en la primera parte de este ensayo veíamos que un aumento de dominio sobre el contorno —en forma de tecnificación o de expansión militar— no es criterio de crecimiento, de igual manera comprobamos aquí que tal pérdida de dominio sobre el contorno, expresado en forma de decadencia técnica o de contracción geográfica, no es criterio de la causa del colapso. Toynbee aporta varios ejemplos históricos que sustentan ésta su afirmación. El abandono de la red viaria romano y el del sistema de irrigación de Mesopotamia fueron resultados y no causas de los colapsos de las respectivas civilizaciones, que antes habían mantenido dichos caminos y sistemas. En suma, la decadencia de la técnica y del poder sobre el medio físico son resultado y no causa de los colapsos de las sociedades.

En este mismo sentido tendremos que hablar de la pérdida de control sobre el dominio humano. Así como la expansión geográfica no era un criterio de crecimiento, así la contracción geográfica por agresión militar exterior no es criterio de colapso. Aquí Toynbee examina y rechaza la tesis de Gibbon de que la «decadencia y caída del imperio romano se debió a la barbarie y a la religión».

Como conclusión de este estudio, podríamos afirmar la importancia del contorno físico en la génesis, crecimiento y colapso de los pueblos y de las civilizaciones (10). Pero una influencia no quiere

---

(10) Una de las críticas más severas que se formuló a esta desmedida producción del filósofo de la historia oxoniense (a la que Morris Watnick bautizó, con no disimulada ironía, de «Toynbee's Nine Books of History against the Pagans») es ser un majestuoso castillo sobre la arena. Y ello por lo que respecta al trato de lo geográfico de manera especial. Ya en su hora las contraindicaciones a su planteamiento de la realidad contornal al interno del orto y marcha de las sociedades no se hizo esperar (algunas se recogen en *Estudio...*, I, pp. 516-517, 518-519). La provisionalidad de estas nuestras líneas nos impide descender a un análisis detallado desde la geografía física. Hacemos nuestra la visión de un especialista que ya revisó la obra toynbeeniana a propósito del determinismo y el

decir una importancia y papel decisivos. El factor decisivo, si es que existe, está más en la línea de lo interno que de lo externo, en la línea de lo humano más que en la de lo puramente físico. En definitiva, en la línea del espíritu más que en la de la materia, en la historia más que en la naturaleza, para hablar con la jerga de las viejas dicotomías del hegelismo y del historicismo.

OCTAVIO UÑA JUAREZ

Facultad de Filosofía
Universidad Complutense
MADRID

holismo: Spate, O. H. K.: «Toynbee and Huntington. A Study in Determinism», en *The Geographical Journal*, 118, 4 (1952), 406-428. Estas son algunas de sus conclusiones: «It would be unfair to suggest that his exceedengly shaky geographical foundations invalidate Toynbee's general conclusions, dependent as these often are on sheer psychological analysis of impressively documented human situations... To examine the psychological and philosophical bases of *A Study of History* would lead the writer into metaphysical heavens where his footing would be as unsure as is Toynbee's on the whole *A Study of History* appears to one reader, and perhaps to move than one, a house of many mansions, all imposing, many beautiful; but builded upon sand». Cfr. «Reflections on Toynbee's *A Study of History:* A Geographer's s. View», en Montagu, A., *o. c.*, pp. 303 y 304.